

Dos poemas



LOUISE GLÜCK

El lirio plateado

Las noches se han enfriado de nuevo, como las noches
de principios de la primavera, de nuevo quietas.
¿Acaso te perturbaría el habla? Estamos
solos ahora; no tiene un porqué el silencio.

Puedes ver, más allá del jardín, la luna llena.
Yo no veré la siguiente.

En primavera, cuando salía la luna, quería decir
que el tiempo era infinito. Gotas de nieve
se abrían y cerraban, los racimos de semillas
de los arces caían en pálidas oleadas.
Blanco sobre blanco, la luna sobre el abedul
y en la curvatura, donde se divide el árbol,
las hojas de los primeros narcisos, bajo la luz,
plata verdosa y suave, de la luna.

Hemos llegado juntos demasiado lejos rumbo al final
como para temerle. Estas noches, ya ni siquiera sé
si sé lo que significa el final. Y tú, que has estado
con un hombre,

después de los primeros gemidos, ¿no es verdad
que la dicha, como el miedo, no alcanza a emitir sonidos?

La rosa blanca

¿Ésta es la tierra? Entonces
no le pertenezco.

¿Quién eres tú, en la ventana iluminada,
ensombrecida ahora por las hojas ondulantes
del árbol pasajero?
¿Podrás sobrevivir donde yo no he de durar
más allá del primer verano?

Toda la noche, las delgadas ramas del árbol
se alzan y rozan el brillo del cristal.
Explícame mi vida, tú que no hace señas,

aunque te llame de noche:
no soy como tú, por voz sólo tengo
un cuerpo; no puedo
desaparecer en el silencio.

Y en el frío de la mañana,
sobre la oscura superficie de la tierra,
van a la deriva los ecos de mi voz,
blancura que la oscuridad absorbe siempre

como si, al fin, hicieras una señal para convencerme
de que tú tampoco sobrevivirás aquí

o para mostrarme que no eres la luz que invoqué
sino la oscuridad tras ella.

VERSIONES DE PURA LÓPEZ COLOMÉ